



Sergi Pàmies



Ugresic gruñe

A los tres memorables libros de Dubravka Ugresic publicados en España (*El Museo de la Rendición Incondicional*, *Gracias por no leer* y *El Ministerio del Dolor*) hay que sumarle ahora *No hay nadie en casa* (Ed. Anagrama). Ex yugoslava reconvertida en croata en el exilio, ciudadana holandesa, Ugresic recopila artículos y ensayos de una intensidad inusual y que consiguen mostrar, con crudeza beligerante, las contradicciones de una Europa marcada por un capitalismo cada vez más comunista y un ex comunismo cada vez más capitalista. *No hay nadie en casa* es un libro temerario. Reflexionar sobre el origen de la Yugoslavia en la que nació Ugresic y, al mismo tiempo, ser capaz de desmentir las etiquetas historicistas enfrentándose a los dogmas neobalcánicos, denunciando patrañas políticas y religiosas tan o más abominables que las muchas que en su día utilizó el estalinismo, constituye una proeza digna –incluso desde la discrepancia intermitente– de admiración. Pero, además de gruñir con ton y son, Ugresic también sabe observar. Lo hace sobre temas aparentemente menores –las bicicletas, las tiendas coreanas para arreglar las uñas, la relación entre antipatía y altura en el caso de los bajitos– o sobre cuestiones supuestamente mayores –la identidad, Europa y sus extranjeros– (su talento consiste en tratar los temas mayores como si fueran menores y viceversa, desmarcándose de su propia sombra, cometiendo, a veces, un pecado habitual en el articulismo: generalizar para que te cuadren las teorías).

Esta mezcla de resentimiento y humor, depresión y euforia, lucidez y delirio, banalidad y trascendencia,

La obra de la autora ex yugoslava mezcla resentimiento y humor, lucidez y delirio

nostalgia y desprecio, sarcasmo y desgarró, es uno de los atractivos de la obra de esta gran escritora. Una de las pocas cosas positivas que han aportado las

tragedias de los Balcanes en las últimas décadas es el nivel de muchos escritores que han decidido escribir sobre su visión de exilio o conversión, de guerra y de paz, completando con cada testimonio –del horror comunista al horror capitalista pasando por el horror de una transición sangrienta– una realidad en la que Ugresic ocupa un lugar privilegiado y, a juzgar por las reacciones de algunos de sus compatriotas, no siempre cómodo.

Al final, esta prosa en la que se sedimentan lecturas y estados de ánimo, prejuicios y confesiones confluye en un mismo mar: el de la memoria. “La memoria a veces se parece a un movimiento de resistencia ilegal, y los poseedores de memoria a los resistentes clandestinos”. Esta resistencia clandestina obliga a Ugresic a actuar con estratégicas emboscadas que liberan los conceptos y permiten que circulen argumentos inusualmente saludables.

Un libro intenso, perturbador, culto, apasionadamente eslavo, con fogonazos de incontinencia expresiva que, en lugar de perjudicar el conjunto, lo mejoran.